



URBANISMO Y SENSIBILIDAD

pocos años –entre quince y veinte– hasta hacerlas irreconocibles a los que vivimos en la época anterior a nuestra guerra civil y en los años oscuros, perplejos y tristes pero no destructores, anteriores a nuestra reconstrucción económica y al comienzo de nuestra etapa tecnocrática, la más infausta y desoladora para la suerte de un precioso legado urbanístico que no supimos valorar ni menos conservar».

El libro incorpora un *Diagnóstico breve de la destrucción de nuestras capitales de provincia*, donde «se señala para cada una su grado de deterioro urbano, aplicando un índice que va de 1 a 10, como la escala de dureza de Mohs». Cuando el autor se detiene a valorar nuestra ciudad, hace la siguiente observación: «En Castelló es curioso cómo últimamente la altura de la edificación ha crecido sin la menor alteración del ancho de las calles ni de las superficies de los solares. Así resultan edificaciones en calles céntricas que con poquísima base se convierten en mini-rascacielos. Contrastan más estas calles superelevadas con el caserío bajo todavía subsistente en una gran proporción, allí donde el terreno tiene una cotización menor. Es un ejemplo de cómo el urbanismo no puede supeditarse a las puras leyes económicas en régimen de competitividad».

Y concluye: «Grado de deterioro urbanístico: Muy grave; índice: 9».

Las opiniones anteriores, que compartimos no sólo por la autoridad moral y académica de sus autores, sino también por su vigencia y acertado diagnóstico, se refieren a la parte más antigua de nuestros pueblos y ciudades y ponen el acento en esa ausencia absoluta de sensibilidad a la que nos referíamos anteriormente, que está en el origen del desolador feísmo que nos invade. Es curioso, en este contexto, cómo aplicando las enseñanzas de los grandes críticos de la arquitectura y el urbanismo, observamos que el foco de atención en el examen de nuestro centro histórico, por referirnos a Castelló, se ha desvirtuado hasta limitar el debate político y ciudadano a un aspecto menor del problema, relativo exclusivamente al posible paso de una infraestructura urbana por uno de sus elementos, el Paseo de Coches del Parque de Ribalta. No pretendemos aquí polemizar sobre este tema, ni entrar en un debate que dejamos a otros, pero sí queremos aprovechar para recoger el testimonio de algunas de las personas aludidas anteriormente y recordar que el problema del Conjunto Histórico de Castelló, que tan bien caló Chueca Goitia, no se refiere a lo que ocurre a uno de sus elementos, sino a la totalidad del mismo. Y desde esa perspectiva el desafío es mucho mayor, en la medida en la que ni siquiera existe la percepción de dicho Conjunto Histórico, entendido como un área urbana homogénea, porque la especulación, la vulgaridad y la desregularización que se han instalado en la zona, impiden apreciar la singularidad de este conjunto.

Por empeñarnos en discutir sobre una rama, hemos dejado de ver el bosque y en este caso, el bosque ofrece un panorama desolador, fruto de años de destrucción de nuestro legado urbanístico, con una responsabilidad compartida por todos y que a todos nos corresponde arreglar.



Víctor García Gil
Salvador G. Panadero

► AUG-Arquitectos SLP

La mirada del urbanista

Hace aproximadamente un siglo, algunos arquitectos e intelectuales españoles comenzaron a denunciar la destrucción del patrimonio arquitectónico y urbanístico de nuestro país. Como embrión de una corriente crítica, hoy ampliamente extendida, enumeraban las obras de singular importancia que habían sido víctimas del abandono o de un mal entendido concepto de desarrollo, para de ese modo agitar la conciencia de la sociedad e intentar que el daño fuera menor. Pero también dirigieron su mirada, por primera vez, hacia la arquitectura rural y más sencilla, hacia los pequeños municipios en los que empezaba a adivinarse el incierto futuro, que en muchos casos condujo a la ruina más absoluta.

A quienes sobrevivieron a la Guerra Civil y a la depuración que vino después y que se llevó por delante a lo mejor del pensamiento español en todos los ámbitos, les tocó sobrevivir en unos años grises, impregnados de un pseudo historicismo que al mismo tiempo que invocaba una vuelta a las raíces históricas, toleraba la pérdida irreparable de patrimonio. Lo peor, no obstante, estaba por llegar con el desarrollismo que trajo la recuperación de la economía en la década de los sesenta del pasado siglo y que alcanzó el cenit de su capacidad destructora en el primer lustro del presente.

Muchos investigadores, en gran parte arquitectos, llevan años estudiando las consecuencias de un problema y signo

identitario de nuestra sociedad que algunos defienden, como **Fernando Agrasar**, «que nada tiene que ver con la arquitectura, pero sí con la miseria intelectual y moral». Se refieren al «feísmo», todo un fenómeno que invitamos a conocer a nuestros lectores y sobre el que llegan a celebrarse congresos internacionales. Tiene su máxima expresión en Galicia, una comunidad sensibilizada, al menos en algunos sectores, ante el efecto devastador de este fenómeno, sobre su paisaje y sobre su arquitectura. Se afirma que esta lacra, tan de nuestro tiempo, es consecuencia de un cúmulo de causas de distinta naturaleza, en las que hay factores sociales, económicos, políticos, legales y culturales.

Imbuirse en el estudio del feísmo, algo que los especialistas hacen con una mezcla de conciencia social e ironía, inmediatamente nos lleva a levantar la mirada y examinar lo más próximo, para concluir que lo sucedido en Galicia y otras zonas de España, no es muy distinto a lo ocurrido en la Comunitat Valenciana. Pero, ¿cómo pudo llegarse a esto, cómo pudo permitirse y cómo es posible que aun hoy, gran parte de la sociedad mire para otro lado o, lo que es peor, no se dé cuenta del daño causado y de la vulgaridad que nos invade? **Leopoldo Torres Balbás**, gran teórico de la restauración arquitectónica en España, hombre comprometido y honesto, defendía la necesidad de cultivar a las personas (o al menos, a los profesionales del urbanismo y la arquitectura) y educarlas de modo que fueran capaces de discernir cuando una cosa era bella. Afirmaba don Leopoldo en 1923: «Nuestra vida y nuestra inteligencia educarse en la contemplación de ciertas formas y proporciones; cuando brutal e insospechadamente tropezamos con obras que las ignoran o desdeñan, si somos sinceros, hemos de confesar que no gustamos de ellas, a pesar de nuestro moderno ecles-

ticismo, que pretende gozar y comprender todo. Si educamos la vista y la inteligencia en la contemplación de las obras más excelsas y depuradas de la historia arquitectónica, nos repugnarán aquéllas obras que no lo sean».

La valentía y nobleza que inspiraba a las personas a las que nos referíamos al comienzo de este artículo, la actualidad de sus escritos y de su enseñanza, invitan a imaginar cómo sería la experiencia de caminar hoy con ellos por los pueblos y ciudades de la Comunitat, en concreto por la provincia de Castelló y por su capital. Aun siendo referencias incontestables de nuestra cultura, verdaderos íconos de la coherencia y de un saber que hoy se nos antoja irreplicable, casi que preferimos privarles del tormento que tal experiencia hubiera supuesto. Alguno, no obstante, a quien la vida trató mejor o al menos permitió vivir hasta hace no muchos años, fue testigo de lo que empezaba a ocurrir en una España que acababa de recuperar la democracia y guiado por ese compromiso inquebrantable, no perdió la oportunidad de denunciarlo. Si usted es capaz de tragarse un sapo, le recomendamos que no deje de leer *La destrucción del legado urbanístico español*, obra que debería ser de obligada lectura para todos aquellos que optasen al puesto de concejal de urbanismo en cualquier localidad española, grande o pequeña. Fue escrito por otro de los grandes arquitectos y críticos del siglo XX, **Fernando Chueca Goitia** y publicado en 1977. Quienes suscriben, que lo leyeron hace casi tres décadas, aun no se han recuperado del impacto causado. Sólo con leer el primer párrafo, el lector puede intuir la que se le viene encima:

«Fruto de una actitud de muchos años, no sé si perdidos en un constante y desoído clamor, traigo a este libro mucho de lo que he predicado por la salvación de nuestras ciudades, aventadas en